

Rafael Marín

Los espejos turbios



Detective Torre II

Cuando en la fiesta universitaria de Navidad un apurado Angelito Fiestas es testigo de un asesinato en los servicios femeninos de la facultad, recurre al único detective aficionado que conoce y puede echarle una mano: el ex-boxeador amnésico Torre.

Los problemas se complican porque el cadáver desaparece, sin pruebas no hay delito, y Angelito ha visto la cara del asesino: nada menos que uno de los prohombres de la ciudad, decano de la universidad, ensayista de éxito y Rey Mago en la inminente cabalgata del 5 de enero.

La investigación improvisada de ambos los lleva a adentrarse en la psique torturada de un criminal en serie que vive una doble vida de la que quizás ni siquiera es consciente y, al mismo tiempo, a intentar desenmascarar al asesino antes de que continúe matando a aspirantes a estrellas eróticas en los mundos ocultos de internet. De aquella manera, claro, que Cádiz es mucho Cádiz y Torre es mucho Torre...

PRÓLOGO a «LOS ESPEJOS TURBIOS»

Lo confieso: tras leer una novela, o un relato, de Rafael Marín siento una envidia terrible. Supongo que es un sentimiento común entre los que aspiramos a juntar letras y palabras; el problema es que Rafa es mi amigo, así que esa sensación amarga acaba diluyéndose en una sincera admiración al comprender que lo suyo es un don, y que los dones se tienen o no se tienen. Es un hecho de alcance cósmico.

Rafael Marín es un observador del universo, y de las reglas que lo hacen funcionar. Lo estudia, a veces de un vistazo, otras con más profundidad, hasta que es capaz de destripar sus componentes en trozos más pequeños, y más, y más... como el científico que disecciona moléculas y átomos en su laboratorio. Entonces supongo que sonríe (él es risueño por naturaleza) y se le enciende la luz de la comprensión: está preparado para usar esos paquetes de información para crear verdadera literatura. Por eso es de los pocos que es capaz, usando sus propias palabras, de oír la música de las historias, la métrica oculta en cada narración, la banda sonora que acompaña a sus personajes en cada una de las situaciones en las que se ven envueltos. Algunas veces, ese patrón rítmico es majestuoso y solemne, una sinfonía; otras, los compases corresponden a un canto armónico de canciones populares, añejas y arraigadas en el alma

del Hombre, el son del folklore arraigado en la Gestalt humana.

Ese es el caso de las historias de Torre, el protagonista de la novela en la que están ustedes a punto de sumergirse.

Torre, supongo que algunos ya lo saben, debería estar llamado a ser el gran personaje de la literatura española de este endiablado siglo XXI. Es puro costumbrismo, un reflejo desgarrado de la desazón y de las ganas de lucha de todos esos héroes desconocidos que pasean por las aceras de nuestras ciudades, tomándole el pulso al día a día y venciendo batallas en esta guerra sin cuartel que es la sociedad actual. Torre, literariamente hablando, es el perfecto antihéroe, a pesar de ocultar en su interior toda una serie de destrezas y habilidades envidiables que, por cotidianas, solemos dejar de lado a la hora de categorizar a los personajes de ficción.

Pero, hay más, mucho más.

Todas las historias de Torre (hasta la fecha) se desarrollan en Cádiz o sus alrededores. La ciudad es un personaje más de los relatos y las novelas, no podrían concebirse estos relatos si estuvieran desarrollados en otro marco, y esto se debe a que, parafraseando la famosa canción de Carlos Cano, Torre es Cádiz y Cádiz es Torre. Ambos son un trisunto del otro: los dos han perdido buena parte de su memoria vital, los dos luchan incansables ante cualquier adversidad, los dos son campechanos, amables, cercanos, graciosos, con guasa... los dos pelean día a día por sobreponerse a esa tristeza del espíritu que parece haber permeado hasta el último rincón de sus vidas. Rafael Marín logra, como nadie, personificar el alma de un pueblo, de una urbe entera, a través de un solo personaje, sumergiéndolo en situaciones rocambolescas, casi frikis, que solo se comprenden cuando uno ha tenido la suerte de vivir o de visitar la ciudad.

En *Los Espejos Turbios*, la novela que ha tenido el acierto de adquirir, queda patente esto último, esta simbiosis entre la ciudad y el antihéroe que es trágica y cómica a partes iguales, como si el autor (que no lo ha hecho) hubiese medido las dosis de las mismas con milimétrica precisión. Volvemos a ver a Torre enfrentado, como siempre por mor de las circunstancias, a otro de esos casos tenebrosos del alma humana en los que tiene que ejercer de detective con las únicas dotes de su sentido común y, en cierta medida, de su falta absoluta de temor a lo por venir. Rodeado por esa variopinta fauna de amigos y relaciones impuestas, Torre se desenvuelve con absoluta confianza en el caos que es la investigación de un asesinato sin tener autoridad para hacerlo, haciéndonos reír y estremecernos a lo largo del camino.

Nosotros, los lectores, asistimos a este *tour-de-force* absolutamente fascinados por el devenir de los acontecimientos y la precisión de relojero con el que las idas y venidas de los personajes y lo que les acontece se van engranando desde el primer momento para llevarnos a la escenas finales, donde el mal es vencido por ese bien-a-medias que representan Torre y su camarilla. Bajo mi punto de vista, lo inteligente de la novela no reside en la captura del malvado asesino, sino la forma en que los antagonistas logran atraparlo en sus redes.

Supongo que en deuda con Colombo, Rafael Marín no está interesado en plantearnos una novela de detectives al uso, donde el lector está intrigado en saber si el asesino es el mayordomo o el ayudante del lechero. No, no van por ahí los tiros, de hecho, sabemos la identidad del homicida desde el primer capítulo. Lo interesante es, dada la naturaleza de su estatus, sorprenderse de cómo una sarta de desharrapados sociales son capaces de demostrar su culpabilidad ante la justicia, y en ese tipo de intriga es donde Rafael Marín alcanza el clímax literario que hace de *Los Espe-*

jos Turbios única en su género, quizá porque crea uno en sí misma: el noir cañí, o algo parecido.

Si a todo lo expuesto añadimos el lenguaje fresco y coloquial, los gaditanismos, las continuas referencias a la cultura pop y al frikismo desmedido de uno de los personajes, la excelente elección de las pausas y los tiempos... Bueno, quizá parezca exagerado, pero no creo equivocarme al afirmar que estamos ante una de las obras maestras de las letras españolas, sin abundar en géneros o taxonomías.

La solidez y el valor de una obra literaria no reside en su número de lectores o en las recomendaciones automáticas de las redes sociales tan en boga en nuestro tiempo, sino en el conjunto de valores estéticos y metaestéticos que un autor de la talla de Rafael Marín es capaz de entregarnos en unas páginas cargadas de sentimiento y devoción por la literatura pura y desnuda, esa que es capaz de conmover y provocar emociones, despertar en el lector sentimientos olvidados hace tiempo.

Esa que tanto echamos de menos en este siglo de sombras chinescas.

Ahora sigan adelante, reclínense en su sillón favorito (o en el asiento del metro, del tren, del autobús) y abran su mente para disfrutar de las aventuras de Torre, el último gran héroe de las letras españolas.

Joaquín Revuelta
Marzo de 2012

UNO

Angelito Fiestas había dejado atrás una buena parte de los granos, la grasa corporal, los complejos y, por intervención de Torre, la virginidad que vino incluida en el lote: en el lote que se dio en un chalecito muy mono a pie de carretera, mismamente, con una rumana espectacular que lo trajo tarumba un mes, hasta que descubrió que era inmigrante ilegal y que como tal tuvo que salir por piernas a establecer el chichi en otra parte. Perdió también unos cuantos kilos, pero sin pasarse de rosca, machacándose en un gimnasio moderno en vez de en su cuarto de baño alicatado hasta el techo y con jacuzzi, pero lo que no perdió del todo fue la cajera. Se quedó con la potra, eso sí, y por eso lo mismo salvó la vida aquella mañana en la facultad donde estudiaba, o donde hacía como que abría los libros, que él más o menos tenía la vida resuelta con el legado de los chanchullos de papá y estudiar a estas alturas filosofía y letras, con lo que le gustaba a él la informática, también tenía su miga. Pero en informática no había más que cocos, en la doble acepción del término, y él allí ya destacaba y se sabía todo lo que pudieran enseñarle, y en filosofía y letras estudiaba una pavita que lo tuvo a mal traer un verano entero, y cuando aprobó por fin la selectividad, más por su buena vista que otra cosa, sorprendió a propios y extraños diciendo que él iba a ser filósofo, como Juan Carlos Aragón, el de las comparsas, cosa que a su madre y al propio Torre, que

actuaba de ángel de la guarda extraoficial de Angelito (y sin trincar), les sonó la mar de mal, porque el insigne autor estaba como una regadera y, desde luego, a la hora de comprar zapatos daba un cante que ni Alaska y los Dinarama.

Pero en fin, allá que se puso a estudiar Angelito Fiestas, o a hacer como que estudiaba, su paseíto hasta el parque Genovés a eso de las nueve y media, a saludar al portero que era un tío que tenía todo el age del mundo y hasta escribía poesía (qué arte, el Eloy), y luego a subir y bajar escaleras, entrar en alguna clase y escuchar lo que se decía sin roncar muy fuerte, y venga después a tomarse sus churritos a media mañana en la Plaza, y su cervecita en el mismo parque a eso de las dos, y vuelta a casa en la moto de alguna coleguita, a la que de vez en cuando metía algún sobe o algún rabo en la curva del Faro, por si colaba. La verdad es que, colar, colaba pocas veces, pero Angelito Fiestas nunca perdía la esperanza, aunque la Esperanza al llegar el mes de noviembre dijo que aquello de la filosofía y las letras no eran para ella y se dedicó a estudiar Medicina, y eso que la hijaputa era de humanidades, y dejó al pobre Angelito allí compuesto en la facultad, pero ya no era plan de descubrir a deshora que quería ser George Clooney en aquello de Urgencias, entre otras cosas porque no quería y la sangre le seguía dando asco, y no le ponían nada, las enfermeras, quizá porque de chico le asustaban las batas blancas y las inyecciones, y con solo el olor a medicina en tarro le daban ganas de soltar la pota.

La verdad sea dicha que John Lennon tenía más razón que un santo cuando le preguntó el capullo de periodista de la época si los Beatles se reunirían de nuevo, antes de que lo matara en Nueva York el chalado aquel que estaba colgado de ese librito insufrible (Angelito se había aburrido de muerte y no veía centeno ni guardias por ninguna parte). Más razón que el santo que era, John Lennon, sí, que le contestó que no quería volver a hacer el bachillerato, y An-

gelito ni ganas, que era un coñazo tener que estar allí sentado en unas sillas incomodísimas, escuchando las paranoias de un montón de profes que seguro que no les llegaba el sueldo a fin de mes, venga el rollo macabeo aquel de la evaluación continua, y el coco de la selectividad, y lo malo que iba a ser el mundo cuando salieran de la eso. Y aquí estaba él ahora, con la vida resuelta por la herencia de papuchi, rascándose la barriga que ya casi no tenía y disfrutando de lo lindo de una carrerita que molaba mazo y en la que la evaluación continua no existía: te matabas a estudiar una semana antes de los parciales, te ponías hasta arriba de café y de pastillas para estar despierto, y con un poco de inventiva te imprimías los apuntes bajados de internet a tamaño minúsculo, y hasta en colores, y tenías una chuleta de diseño que ni te costaba trabajo hacerla, o te colabas de rondón en los departamentos para hacerte el pelota, o para acompañar al pelota de turno (que en la facultad había que ir apartándolos como las lianas en la jungla), y allí seguro que te encontrabas, en el disco duro del ordenata o desordenado entre el montón de papelajos y los bocadillos de chopped, como un santo grial, el examen que iba a caerte la semana que viene. Así había aprobado Angelito casi todo primero, y así esperaba aprobar segundo y hasta quinto, si le salía la jugada, que le saldría en cuanto diera con la tecla y pudiera entrar en la red de los pecés de todos los profesores; entonces, aprobaría sin moverse siquiera de casa. Anda que iba a cambiar él esta vida de majarajá que ahora llevaba por el bachillerato de los cojones, con lo que se le atragantaba todo, y lo bien que se vivía haciéndote pasar por intelectual y pintándote las manos de blanco y colocando pasquines con el no a la guerra.

Y además de las movidas políticas de última moda, que tenían su cosa reivindicativa y justa y encima servían para escaquearte aún más de clase y acercarte a los pisos de las más guapas a preparar las asambleas y los carteles, las movidas-movidas. El cachondeo per se, vaya. No le extrañaba

a Angelito, no, que su padre hubiera cursado dos carreras. Después se quejaba la gente de que los maestros y los carteros siempre estaban de fiesta, pero dónde ibas tú a comparar con los universitarios de letras, que esos sí que hacían fiestas, pero fiestas de verdad, como su apellido, nada de quedarse tumbado en casa y no ir a trabajar. Fiestas como las de las películas, como El Guateque de Peter Sellers, como el movidón que se montaba Leo di Caprio en aquella de Spielberg tan chula, Agárrame si puedes, y por cualquier excusa. Que le daban el Nobel a Saramago, a mojarlo con cubatas. Que venía Pérez-Reverte a dar una charla y luego irse a tomar unas copas con los librereros que le hacían la rosca (porque no creía Angelito que los librereros tuvieran mucha parla con un tío como Arturito, que tenía más carretera a cuestras que los bafles de los Rolling y lo mismo hasta había hecho de agente doble para la CIA o el Mossad en sus viajes a lo largo y ancho de este mundo), o nombraban doctor honoris causa a un poeta perdido de la generación del 36 del que ya no se acordaban ni en su casa, allá que estaba lista la fiel infantería, con las litronas a punto, el batida de coco, el cuantró y el tequila José Cuervo, y marcha. Y así se celebraba el Halloween, que ibas tú a comparar los tosantos de la eso o la primaria, venga a llevar nueces y castañas y frutos secos para compartirlos con los amiguitos y darle de comer al hambriento del profe, con la que se liaba aquí desde hacía unos años, todo quisqui vestido de vampiro o de niña del Exorcista, como escapados de la serie Embrujadas o de Angel (una serie que veía bajada por la mula y a la que, con algo de esfuerzo, estaba poniendo subtítulos en español para poder irse a casa de Ninfamari a verlos todos seguidos una madrugada), y entre tontería y sustito, uy, una teta que se sale, una braguita que asoma, una de Setenil de las Bodegas que se lleva la bodega a cuestras y va dando cambayás por todo el campus y se cae despatarrada en el patio del fondo, y venga el magreílo fino, y una cosa llevaba a la otra, un pico por allá, un chupón

por otro lado, hasta que te ibas con una o con otra, si tenías suerte y la priva no te afectaba a ti también, que había que saber beberla para no acabar vomitando tú solano camino de casa.

Y lo mismo por primavera, y al terminar el curso, y no veas por carnavales, que además luego empalmabas con la semana entera escuchando coros en La Viña y en la Plaza (si no llovía, que esa es otra), y hasta el viernes de Dolores del año pasado habían organizado un fiestorro a cuenta de que se conmemoraba el aniversario no sé cuál batalla perdida en no sé qué guerra, y un par de fiestas toga que no tuvieron demasiado éxito, sin duda porque les faltaba John Landis, que en gloria estuviera, y sobre todo la celebración de Navidad, que esa sí que era fuerte, de lo más. Tan fuerte tan fuerte que Angelito no imaginaba que se le iban a quitar las ganas de dedicarse al dulce far niente durante una temporada, y hasta pensó en irse de voluntario a Irak por estar más tranquilo y salvar el cuello, así de chungu se le puso la cosa, los huevos de corbata.

Toda la culpa fue del destornillador. Y no es que fuera a iniciar un chapú, qué va, del destornillador que se bebe: vodka con naranja y mucho hielo, canela en rama. Lo que pasa es que la naranja tenía que ser Kas, o naranja-naranja, o mejor todavía Fanta, y algún indocumentado o alguna indocumentada los preparó con Schweppes naranja, que tenía grumitos flotando y, de rebote, le sentaba fatal a Angelito desde que era chico. Que era alérgico al Schweppes naranja, fijate tú qué gracia (a la tónica no, ni al de Schweppes de limón, aunque el de limón le supiera a polvo y no le quitase la sed nunca), y nada más beberlo le entraban sudores fríos, y retortijones así por la parte de la barriga, y calambres en el mismísimo centro del cuerpo. Total, que tenía que ir a descargar la morterá en cualquier parte, donde pillara, que si no se lo hacía encima, justo ahora que Ninfamari se empezaba a poner a tono con el calimocho y le entraba la risa floja cada vez que le cantaba aquello de un ca-

limocho pa cogerte el uuuy. Maldita fuera la alergia al Schweppes de naranja. Angelito no lo tomaba ya nunca, desde que una vez en la Feria de El Colorado dio el numerito, y tenía esa habilidad pasmosa, un don mutante para detectarlo justo antes de que el camarero metiera las manos debajo de la barra, quieto parao, Manuel, que sea de Fanta. Pero esta vez, con la carajera y la calentura y los dos o tres cubatas de Baccardi que ya llevaba encima, no se coscó. Alguien le puso el vaso en la mano, le dijo prosit, como si acabara de leerse un tebeo de Blueberry, prosit, y Angelito, por hacerse el hombre, se engulló el vaso largo de sopetón, sin respirar siquiera, y todavía el hielo no le había llegado a los dientes cuando sintió en la boca del estómago la cosquilla especial de la naranja, y eso ya fue el acabose.

Se puso malísimo, empezó a sudar frío, le entraron hasta ganas de echar un pato, pero se controló como pudo. No iba a poder engañarse a sí mismo y hacerse creer que era pasajero, psicósomático, una manía del adolescente que ya casi no era: los escalofríos no engañaban, se estaba cagando vivo y como no encontrara pronto un váter iba a hacer de cuerpo aquí mismo, menuda faena, y ya podía ir olvidándose de meterle mano algún día a Ninfamari o a quien cayera, y ni quería pensar tener que irse andando a casa con la plastá en el culo, chorreándole por la pernera de los pantalones, como si fuera uno de tantos mendigos callejeros, de esos que ahora luchaban en vano por ocupar el puesto que había dejado vacante el Troy.

En cosas de váteres Angelito era muy suyo. No llegaba a los extremos de Pedro el del videoclub, que ese si no lo hacía en el suyo de su casa se podía pasar perfectamente (o no tan perfectamente) hasta dos semanas sin jiiñar, hasta el punto de que una vez que hicieron obras en su cuarto de baño los albañiles tenían que poner cada noche el trono en su sitio, para que el niño hiciera de vientre a gusto de madrugada, y ya había llegado a un acuerdo con su madre pa-

ra que, cuando se casara, si se casaba algún día, él se quedaba con el piso o, en todo caso, con la taza del señor Rocca, una manía como cualquier otra. A Angelito, claro, le gustaba su trono propio, o el del chalet en Vistahermosa (que Pedro, cuando estaba en el suyo de Chiclana, salía a hacerlo al raso), pero un apretón es un apretón, y cuando no había más remedio le valía cualquier cosa. Así que con disimulo, controlando los retortijones y las ganas de irse de bareta pero que allí mismo, se apartó del resto del personal en plena fiesta y corrió sin llamar la atención hasta el cuarto de baño más próximo.

Y resulta que el cuarto de baño más próximo era el de las tías. Angelito no era escrupuloso, y la comezón de sus entrañas todavía menos. Además, en toda la eso y el bachiller, en el cole, tranquilamente convivían en los váteres niños y niñas, tanto para echar una meada como para compartir un cigarrito. Y de todas maneras, a la hora que era, pasadas las dos, en la facultad no había ni un alma, si todos los que quedaban estaban abajo en el patio, dándole a los destornilladores por celebrar el fin del trimestre y la llegada de las vacaciones de Navidad sin que les importara de dónde puñetas había salido la naranja. Así que, ni corto ni perezoso, que no llegaba, que no llegaba, Angelito cogió la curva y se metió en el cuarto de baño femenino, porque seguro seguro que el de los tíos, al fondo del pasillo, sí que era imposible que lo alcanzara a tiempo.

Hay un tópico que dice que las mujeres siempre van de dos en dos al cuarto de baño, y eso es cierto. Lo que ya no se especifica es qué hacen las mujeres por parejas allí dentro, o más bien es un misterio que empalma, con perdón, con el segundo tópico: que las mujeres se comportan en el cuarto de baño como no se comportan los caballeros, y eso es mentira. Lo mismo en casa de una lo tenían todo como una patena, que hasta se podía comer sopa en el suelo, pero en los servicios públicos, por la experiencia de Angelito y de todos con los que Angelito había comentado el tema,

se comportaban de manera igual de bestia que los bestias del lavabo del fondo, ese al que no iba a poder llegar entero. Porque una vez atravesada la puerta del lavabo de señoras, apuradillo ya, y punto de erupción, Angelito Fiestas se encontró que, fuera aparte del espejo que corría de punta a punta de una pared, en los reservados propiamente dichos imperaba el mismo caos que en los reservados masculinos, o sea, una barahúnda de papeles mojados, compresas con y sin manchita roja renegría, paquetes de tabaco y cerillas, muchísimas colillas (la consecuencia directa de que ahora fumar estuviera mal visto), latas de cocacola y de los zumos esos con leche que vienen en tetrabrik y son todos iguales y cuestan un huevo de la cara, dos palmos de agua cubriendo lozas y mojando el suelo, y las puertas con algún boquete como de golpe de tae kwondo descargado lo mismo por un desengaño sentimental o por haber cateado a fin de curso una asignatura que ya se daba por aprobada (y es que abrirse de boca es una manera fija de sacar cum laude), y todos los anversos de las puertas que quedaban enteras escritos con nombres y números de teléfono y citas y pollas enormes y coños peliagudos y nombres en vasco y catalán, y mucho su puta madre y legión ya, os vais a enterar moros de mierda, y otras pintadas rancias en el techo de cada reservado, hechas con paciencia y sin otra cosa en la mente y usando un mecherito y estirando mucho el brazo, que ya son ganas. Angelito supuso que muchas de aquellas pintadas y demandas de ligue serían un quedo, mariconadas en el sentido estricto de la palabra, obra de algún gracioso cagón que no hubiera podido, como él ahora, contener lo incontenible y se había dedicado a dejarlo todo manga por hombro. Pero las compresas y los salvis, desde luego, y los tampax y hasta un predictor que flotaba en el fondo de una taza eran femeninos-femeninos, de los que usan las mujeres de toda la vida.

Nada de todo eso le importó a Angelito ahora, que estaba que no le llegaba el alma al cuerpo, sudando frío y

controlando los esfínteres como imaginaba que tenía que controlar los párpados el Cíclope de la Patrulla-X. Menos mal que no era de un especial del cagarse, como su amigo Antonio Octubre, que ese para defecar a gusto, aunque estuviera nevando, se tenía que poner entero en pelota picada, porque si no hubiera tenido que salir de allí en pelotas él también, manchado a tope. Lo malo, claro, era dónde sentarse, que estaba todo hecho un asco, entre papeles, compresas, latas y demás porquerías. Con razón las mujeres no levantaban la tapa del váter: en estos váteres ninguno tenía tapa propiamente dicha.

Soltó la correa, el pantalón resbaló, se bajó el calzoncillo de los personajes de la Warner y, como era experto en estas cosas, sin pensárselo dos veces, para no contaminarse el culo, plantó los dos zapatos en la taza misma, y allí, en cuclillas, como un gallo en el corral, sin posar las posaderas y encogido igual que una india al parir, Angelito se fue quedando a gusto. Hizo ademán de echarle el cerrojo a la puerta, no fuera a entrar alguna y lo viera allí, en aquella postura, pero para no desentonar la puerta no tenía cerrojo y sí un agujero gordo a la altura justa de donde él tenía los ojos y antes quedaba el pomo. Total, que allí se quedó, sujetando la puerta entornada con un dedo estirado y liberándose de la alergia a la Schweppes naranja por allá abajo. Podía ser una situación ridícula, pero es que cagar siempre lo era: lástima que la humanidad no se librara de los residuos, no sé, desenroscando un dedo y vaciándolo en el inodoro, como si fuera una pila de recambio, y si encima no atufaba, mejor todavía.

Ya había terminado, los sudores fríos se estaban convirtiendo en sudores más normales cuando, ay, escuchó pasos al otro lado de la puerta. Un taconeo seguro, repicón, de esos zapatos que ya no usa nadie, porque ahora todas las chavalas calzaban, como todos los chavales, zapatillas de deporte sin los cordones abrochados, cuanto más retorcida y con más lucecitas la suela, better than better. Angelito se